

EDITORIAL

A vueltas con las ferias

Las instituciones feriales, como se sabe, pertenecen a las Administraciones Autonómicas, locales o a ambas. Inicialmente las ferias eran creación de los sectores y éstos las gerenciaban. Posteriormente pasaron a las distintas Administraciones porque los gastos se hacían insostenibles y se necesitaba financiación.

En esta situación los intereses de las ferias son distintos de los de los sectores que exponen y a veces no les benefician. Desde este boletín hemos comentado algunas veces la incongruencia de fomentar desde las instancias políticas, la proliferación de ferias de un mismo producto. Aquí el interés de la feria no beneficia al sector, porque las empresas se ven obligadas a acudir y la única consecuencia es añadir nuevos costes en sus cuentas de explotación, es decir perder competitividad. Los gestores de las instituciones feriales tienen que ofrecer «resultados» a la Administración de quien dependen, es decir no tienen que costar e incluso deberían dar beneficios. ¿A qué beneficios nos estamos refiriendo? a los beneficios próximos que se traducen en que sus ingresos y gastos están equilibrados, o a los más lejanos que son la razón de su existencia, es decir servir para que los sectores crezcan.

Los gestores de las ferias tienen que tomar todas las iniciativas que vayan hacia el fin genuino de las ferias, tienen que definir perfectamente el ámbito de la feria, tienen que evitar que se expongan productos que no son los adecuados (porque lo único que hacen es estorbar), tienen que estar en constante vigilancia para saber adaptarse a lo que el sector necesita y a los cambios que se producen por múltiples causas (muchas veces muy externas), y sobre todo deben conocer el momento en que se tiene que dar un cambio brusco de rumbo e incluso desaparecer.

Ultimamente cada vez que visitamos una feria nos invade la misma pena, porque en lugar de favorecer al sector lo está terminando de hundir ¡como si no turrieran problemas los sectores como para que les pongan zancadillas!

Hay que analizar seriamente qué ferias vale la pena mantener, tanto porque están bien planteadas desde el punto de vista de los productos que exponen, como de los profesionales que la visitan. Por ejemplo los productos de carpintería sirven para la construcción. Interesa que los visitantes de la feria en donde se exhiben estos productos sean profesionales de la construcción en el amplio sentido de la palabra. Ningún fabricante de productos de la madera va a comprar puertas o ventanas. Si esto es así ¿por qué hay puertas en Maderalia? ¿y ventanas de plástico?.

Esta reflexión puede hacerse con otros muchos productos. Pero hay más ¿qué espera el profesional del sector maderero de Maderalia?. Está por saber. Hay campos, uno de ellos es el de los muebles de cocina y oficina, que no encuentran su hueco porque la feria de Construmat no es el lugar idóneo para los muebles de cocina, ya que a vivienda nueva va apenas el 30% de su producción. Aunque tal vez habría que analizar quien fabrica cada componente y qué puede ofrecer cada fabricante.

Algo así le pasa a FIMMA, la feria de maquinaria, también tiene que encontrar su identidad, tal vez debe hacerse más humilde y volver a ser una exposición de productos fabricados aquí.

Las cosas cambian, para bien o para mal, pero cambian. Las ferias tienen sentido como foro de encuentro de unas empresas que ofrecen algo a otras empresas que compran algo, esto es, unos tienen que comprar y otros tienen que vender.

La feria de la maquinaria tuvo su arranque precisamente en una situación de cambio. Al inicio de los años 60, cuando nuestra industria pasó de los aserraderos de galera manual y de carpintería artesana a una verdadera industria, se necesitaban máquinas y los planes de desarrollo hicieron posible su compra. A la sombra de esta expansión proliferaron, sobre todo en Cataluña, Valencia y País Vasco, numerosos talleres que fabricaban máquinas para la madera. Nuestras industrias se llenaron de sierras de cinta, combinadas, reguesadoras, tupíes, afiladoras.....moldurerac. Incluso se fabricó maquinaria para tableros contrachapados, y chapas. Fue una época dorada de nuestra industria fabricante de maquinaria. Paralelamente la feria fue creciendo, tanto que tuvo que separarse de su hermana, la del mueble; las dos eran ya muy grandes y se estorbaban.

Desde aquellas naves provisionales que se encontraban en la Alameda al actual emplazamiento han pasado 30 años, se ha creado un espacio común europeo y se puede viajar y pasar varios días en cualquier ciudad de Europa casi por el mismo precio. Las ferias tienen que adaptarse a esto. Lo que tenía sentido en una época ahora no lo tiene.

Queramos o no la maquinaria para la madera se fabrica en Alemania e Italia y por tanto las ferias que prevalecerán serán las de estos países, por mucho que se empeñen los franceses, los ingleses o nosotros, eso es así, y nuestro sector de la madera lo sabe y va allí, como van también los franceses o los ingleses. En un principio esas ferias arrastraban a las empresas grandes que buscaban maquinaria muy específica que sólo se producía en esos países, pero ahora se va a Hannover o a Milán para ver cualquier maquinaria, porque están todas, o para simplemente ver lo que hay.

¿Tiene sentido montar una feria para que otros vengan a enseñarnos su maquinaria? ¿cuanto tiempo van a venir?. ¿Es lógico traer posibles compradores desde el lejano Oriente o desde América del Sur a que compren maquinaria? ¿italiana?.

Una feria cuesta mucho, a las empresas que exponen y a los que la visitan. La competitividad se encargará de poner cada cosa en su sitio, pero cuanto más tardemos en darnos cuenta más perdemos.

Hay ferias incuestionables y brillan por eso mismo, la del mueble de Valencia y la de construcción en Barcelona, la de Maderalia podría ser buena si deciden enfocarla bien, pero las otras.....hay que plantear el problema y que el sector sea el que hable. La competitividad nos empuja en todo, también en esto.

